EL PARTO
SE NEGÓ A NACER

—Pues la culpa no es mía, doctor. Yo no puedo contraerme más. Como siga dándome al músculo me voy a volver del revés.
—Calma, señora. La culpa es de los jóvenes, se lo han encontrado todo sin ningún esfuerzo; si les hubiéramos puesto a caer en el seno materno... pero fuimos demasiado débiles.
—Eso dice mi esposo.
—Como cualquier esposo de bien, señora.
—Esto va a trascender a la opinión.
—Me temo que sí.
—Doctor, usted está sospechando...
—Ya no me cabe duda alguna. Fortaleza y resignación. Lo que me temía, se trata de un parto de izquierdas.
—Precisamente tenía que ocurrir en una clínica como la nuestra.
—Donde todo el personal participó en la guerra mundial.
—Yo no puedo contraerme más, doctor, estoy que me salgo, y el niño sin aparecer.
—¿No sería conveniente que la introdujeramos a la madre la Ley de Desacatos por si le impresionamos y se decide a exteriorizarse?
—Acabo de llamar a la Ayuntamiento y me han dicho que sí tarda en salir mandarán a la grúa.
—Con tal de cobrar depósito...
—Tendrán que comunicarse al padre.
—Esperen, esperen un poco; yo voy a seguir contrayendo, por si acaso.
—Lo sentimos, señora, pero sólo dispomos de un folio para esta escena.
—Dichosas las madres que tienen partos de derechas!

SIR THOMAS

Y YO LE DÍGO LO QUE LE VOY A CORTAR PORQUE ES UNA SORPRESA

A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Alzó sus brazos y posó su mirada sobre la masa rugiente. Y les habló: «En verdad no digo que me encuentre lleno de gozo de que estemos hoy todos reunidos aquí. Habéis respondido como yo hubiera deseado para completar mi obra. Mis muchachos y yo nos encontramos exaltados con vuestra bondad. A los que nos gritéis, os digo que siempre tuvimos enemigos y que esos nos dan más coraje para continuar la lucha. A los que os encontráis situados los últimos y nos necesitáis: mañana, los últimos serán gloriosos primeros». La masa, como todas las masas, se movía inquieta. Ni la solemnidad del acto era capaz de frenar sus impulso, ni las interrupciones de aquella figura nimbiada de contraleyes que pugnaba por hacerse escuchar. Algunas muchachas, invadidas de un suave misticismo, entonaban las oras al tiempo que babanderaban sus cabezas ritmicamente. De nuevo el hombre izó sus brazos reclamando un silencio que no llegó, a pesar de lo cual él siguió respondiendo. Pasó en voz alta y clara: «Porque esto lo hacemos por amor, por cariño a nuestros semejantes. En estos momentos no me importaría morirse, es como haberlo y eso es lo único importante. Juntos vamos a hacer la gran obra de la verdad, de la fraternidad universal. Gritemos todos juntos: ¡fraternidad, fraternidad! La sala se llenó de ruidos histéricos, de silbidos, de gruñidos agónicos y de palmadas que empezaban a reclamar que la charla llegara al fin. El programa era largo. El hombre joven se adelantó aún más, tanto que algunas de sus seguidoras le agarraron a aquellas plomadas en brillantes pantalones. Ha sido bien, está bien; pero antes de comenzar quiero presentaros a los muchachos que me acompañarán en esta gran noche. A la izquierda, Manuelle Smith; en el centro, Peñalillo Joe; a la derecha, Ensaladilla García...». Difícil, muy difícil de comprender algo que no fuera aquella historia colectiva con fines caritativos. El nuevo profeta, al frente de sus discípulos, se dispuso a presentar su gran «Concierto de Amor y Fraternidad», a través de veinte cadenas de radio propias y asociadas. Ninguna casa discográfica, y menos la del profeta, tenía duda alguna de que aquella iba a ser una promoción óptima para alcanzar ese año el Disco de Oro. Mientras, los carismáticos comparsas juveniles cumplían con hacer la misión que les había sido asignada: «Alabar en la tierra a los hombres de buena voluntad».

MORTIMER

—O sea, que se compra la parcela su tía!